ADELANTO EDITORIAL

'Mi madre es un pez' es un libro colectivo de relatos sobre el mundo de las relaciones familiares en el que participan treinta y tres autores de diferentes generaciones y estéticas: desde Menéndez Salmón, Olmos o Fresán a Eduardo Mendoza. Paula Cifuentes escribe el cuento 'Amar al padre', breve e inquietante

AVANCE/ 'MI MUJER ES UN PEZ' / LIBROS DEL SILENCIO

Amar al padre

La escritora y traductora Paula Cifuentes, en una visita a Zaragoza. JOSÉ ANTONIO MELENDO

Le habían crecido pelos en las piernas y eso fue lo primero que le dije: te han crecido pelos.

Ella me miró con desprecio. Casi no había tocado la comida.

—¿No tienes hambre?

—No, ya te lo había dicho.

—Pero siempre te gustó el filete.

—Ya no. Soy vegetariana.

Y dijo así: 'soy', como si fuera un término absoluto. Como si fuera yo el que tuviera que haberlo sabido desde siempre.

Tampoco había probado las patatas fritas.

Se limitaba a mirarme. Con las manos por debajo de la mesa.

—Tienes que comer algo. Dime, qué quieres que te pidamos.

—Nada.

Estaba guapa. Además de los pelos de las piernas, le había crecido la nariz. Y sus pechos eran dos triángulos pequeños que se le marcaban en una camiseta que se le levantaba al andar. No llevaba sujetador. Todavía.

Se acercó la mujer que nos había atendido. Era una mole de unos cincuenta años. Los párpados le caían sobre las mejillas. Cuando hablaba enseñaba unos dientes sucios.

—¿Han terminado?

Alrededor de mi plato el mantel de papel estaba salpicado de aceite.

—Sí —contesté.

—¿Y tú, niña?

—Sí.

—Casi no lo has tocado.

—Ya.

La mujer me miró con el entrecejo fruncido.

—¿Me trae la cuenta, por favor? —pregunté.

Era un lugar oscuro. Una neblina de tabaco flotaba por encima de las mesas. Desde la ventana se veían aparcados cuatro camiones, uno al lado del otro. Sobresalía uno, el tercero, con una caja azul.

La mujer arrojó un platillo de plástico sobre la mesa y se quedó junto a él, con los brazos cruzados.

Dejé un billete de veinte euros y cogí el papel en el que había escrito a mano una cuenta bastante inexacta. La mujer lo retiró sin mirarme.

La niña tampoco me miraba. Sus ojos estaban clavados en una familia que acababa de entrar.

Su perfil era todavía más hermoso.

La mujer trajo las vueltas en muchas monedas. Quería que le dejara propina. Yo me lo metí todo en el bolsillo. La niña volvía a mirarme.

—¿Qué, nos vamos?

—Tengo que ir al baño.

Se levantó bruscamente. La mesa se desplazó hacia mí. Al enfilar el cuarto de baño, me fijé en que andaba encorvada. Los pantalones cortos dejaban ver sus piernas, tan perfectas a pesar de los pelos.

Había algo en ella: una voluptuosidad evidente aunque su cuerpo todavía no estuviera definido.

La familia se había sentado en una mesa al lado de la puerta del servicio. Los ojos del marido estaban fijos en la niña. Se llevó la mano a la barbilla y ladeó la cabeza.

Me levanté también y salí. Saqué un cigarro. Estaba nervioso y eso era lo peor: ella, como los animales, ya lo habría percibido. Tenía que hacerlo todo con mayor cautela. Era como una partida: hasta ahora, la suerte había estado de su parte, pero yo todavía llevaba las de ganar.

La puerta se abrió y ella salió con las manos en los bolsillos. Me di cuenta de que su olor había cambiado. Su madre tenía razón, ya no era virgen. Se había pintado los labios con un brillo pegajoso que hacía que pareciera que estaban húmedos.

—Quedan tres o cuatro horas, dependiendo del tráfico.

Entramos en el coche. No se puso el cinturón de seguridad, y yo tampoco quise recordárselo. Se sentó con un brazo por encima de la cabeza, con las piernas entreabiertas.

—Me ha dicho tu madre que las notas del colegio han sido buenas.

En realidad, meses atrás, me había dicho que habían bajado bastante, que los profesores estaban preocupados, que últimamente se la veía triste.

—Bueno...

De nuevo el silencio. Me retaba con la barbilla levantada desde el retrovisor.

Un coche nos adelantó por la derecha. Íbamos a tardar menos de lo que había previsto.

Volví a mirarla. Me sudaban las manos.

La niña. Siempre había sido la niña. Aunque ya no lo fuera tanto, y yo lo supiera.

—Van a ser unas vacaciones estupendas —dije—. Ya verás. ¿Quieres escuchar música?

—No.

—¿Quieres que suba el aire acondicionado?

Su gesto. No era indiferencia, no. Me miraba con verdadero asco.

—No —repitió.

Ella podía leer lo que pensaba, lo que en realidad quería preguntarle: ¿Por qué lo había hecho? ¿Cómo se había atrevido a dejar que un hombre la tocara?

—Van a ser unas vacaciones estupendas, ya verás.

—Ya...

No había cogido gafas de sol. Tendría que comprar unas en cuanto llegara al apartamento.

Encendí la radio. El presentador hablaba del pronóstico del tiempo: sol, un sol de rigor, un sol inmisericorde. Esas fueron sus palabras.

—¿Sabes? En la casa nueva he puesto fotos tuyas por todas partes.

También le habían crecido pelos debajo del sobaco. Eran dorados y finos.

Mi camiseta ya estaba sudada por la espalda. Notaba las gotas rodando desde mi nuca. La de ella, sin embargo, estaba seca.

Me pregunté a qué olería su sudor.

—Y hay una habitación para ti. He pensado que te gustaría amueblarla a tu gusto.

—Puede.

—Si quieres puedo bajar las ventanillas.

—Así están bien.

A nuestro lado pasó un coche lleno de chicos. Tendrían dos años más que la niña. Se reían aunque no pudiéramos escuchar su risa. Me dolió ver lo alegres que iban. La niña se giró para mirarlos. Ellos la saludaron con la mano, como si la invitaran a subir. Aceleré. Por primera vez en el viaje, el velocímetro subió de los ciento cuarenta kilómetros por hora.

—Es un bonito apartamento. Eso me dijo la de la agencia. Perfecto para una familia. Perfecto para unas vacaciones.

Tenía los nudillos blancos.

Las piernas entreabiertas también dejaban distinguir los pelos de la cara de los muslos.

Bajé el sonido de la radio. Sin soltar el pie del acelerador.

—Pero tus notas han sido buenas, ¿no?

—Sí —respondió ella.

Seguía sin cambiar la postura: el brazo por encima de la cabeza, la rodilla apoyada en el asiento.

En ese momento tuve conciencia de lo que me había dicho su madre: que ya no temía a su cuerpo. Que era consciente de todo. Que ya nunca sería una niña desgarbada que se traba con sus propias piernas al andar. Era una mujer, lo era en todos los sentidos.

—Te he traído unos libros por si quieres leer. Y podríamos ir al cine. La de la agencia me dijo que hay un centro comercial cerca.

—Ah.

Ya no me miraba. Sus ojos estaban clavados en la carretera.

Yo no era nada para ella. Nada. Pensaba en él, en el otro. Había aprendido a leer en la mente de los hombres.

—En las fotos se veía muy bonito. Está frente al puerto. ¿Te acuerdas de cuando estuvimos hace años?

Seguro que ya no temía desnudarse. Seguro que lo hacía bruscamente. Seguro que se quitaba las bragas empujándolas con los dedos del pie.

Seguro que dejaba la ropa tirada por el suelo, como si detrás pudiera venir su madre o yo a recogerla.

De nuevo el silencio.

Hurgaba en un bolso blanco. Sacó un móvil como si de un trofeo se tratara.

—¿Te han escrito?, ¿te han llamado?

No contestó. Su cara estaba seria. Y sin embargo, parecía reír.

Sus piernas, sus piernas finas, se movían de un lado a otro como si se abanicara, mientras escribía con las teclas.

Seguro que también tenía pelos en el pubis: pelos dorados y finos.

Por fin metió el móvil de nuevo en el bolso. Sus piernas dejaron de moverse.

Respiré desde lo más hondo, desde el centro de mi tripa.

Daba igual lo que hiciera. Ahora ella estaba dentro de mi coche. Íbamos a estar quince días juntos, únicamente nosotros dos. Se ducharía en mi misma ducha. Dormiría en la habitación de al lado. Todas las noches tendría que desnudarse para ponerse el pijama. Y tarde o temprano se le acabaría el saldo del móvil. Él estaba muy lejos, él ya no podía verla, ya no podía controlarla.

—Van a ser unas vacaciones estupendas —dije. La voz me salió a trompicones.

Ella volvía a mirarme. A través del espejo retrovisor, con la boca entreabierta. La punta de la lengua, roja, se abría paso entre sus dientes.

LA FICHA

Mi madre es un pez. Varios autores. Edición y prólogo de Sergio Belver y Juan Soto Ivars. Libros del silencio. Barcelona, 2011. 400 páginas.

Y mañana... 'Socotra' de Jordi Esteva